

a que corresponde todo lo no susceptible de medida, lo no susceptible de ser comparado a una unidad y que, por tanto, se halla fuera del campo de las ciencias positivas.

El hombre, en verdad, no crea la belleza. La sorprende, la percibe y la aprecia en la Naturaleza y él, en las artes, sabe representarla dotando a los objetos o productos que elabora de esos elementos de belleza que ha sorprendido, combinándolos de variados modos, exaltándolos a veces de mil maneras o haciéndolos patentes por medio de recursos diversos.

Es general la idea de que el arte es siempre imitativo. Las bellas artes del Dibujo, Pintura y Escultura, a las que especialmente quiero referirme, representan siempre bellezas naturales sorprendidas por el artista y expresadas en su obra, y de aquí la gran importancia que todos conceden a los estudios del natural.

Cuando el hombre contempla la Naturaleza, reconoce en ella seres y elementos dotados de belleza, diversamente manifestada, y otros que le parecen feos. Tan armónicos son, sin embargo, aquéllos como éstos. No es la línea, ni la simetría, ni las combinaciones de color, ni otras propiedades análogas las que, de un modo absoluto, prestan a los seres esta cualidad indefinible de la belleza. Sobradamente han estudiado los filósofos el problema y, en general, aunque expresándolo de diversos modos, creo que llegan a la conclusión de que la esencia misma de la belleza, lo que nos produce la emoción estética, es algo que no puede delimitarse del conjunto de impresiones que un ser nos produce; cosa que unos dicen *espiritualidad*, que otros llaman el *ideal* o la *idea*, que surge de las combinaciones de elementos materiales, sin que pueda aislarse de ellos. La dificultad consiste en explicar qué es este *ideal* o *idea* y por qué y para qué existe la *idea* así comprendida.

Prescindiendo de los conceptos, que me parecen muy oscuros, emitidos por los filósofos sobre el ideal, me propongo indicaros someramente cuál es mi visión, como naturalista, de este

